

CAPÍTULO VII

SIETE AÑOS MÁS TARDE

Pasamos por alto siete años de esta historia, durante los cuales nada ocurrió de nuevo; los individuos de ella envejecieron un poco más; los cincuenta y seis de doña Angustias eran más perversos, más mordaces que los cuarenta y nueve; los de doña Amparo más tristes y más enfermizos; los de Dolores, que cumplía quince, más hermosos que un ramo de flores.

Era siempre la niña redonda y sonrosada que hemos conocido; su estatura llegaba apenas á mediana, pero estaba torneada con exquisita gracia y primor; bajo su pura frente se abrían sus ojos negros y rasgados, llenos de luz y candidez, de alegría y de viveza, de sensibilidad y de ternura.

En su boca de coral y perlas habitaba constantemente la sonrisa; parecían sus cejas trazadas por la mano de Murillo, y su talle, delgado de cintura, ostentaba en la garganta, hombros y seno una graciosa y seductora redondez.

Dolores no era menos bella en su parte moral que en la física: dócil, amable, tierna para con sus padres, primorosa para toda clase de labores, *se hacían lenguas de ella*, como vulgarmente se dice, todos los amigos de su casa, que no pasaban de cinco.

Á tres de éstos les conocemos ya: eran don Atilano, doña Tecla y doña Angustias, aunque es forzoso decir que ésta inspiraba poca confianza y mucho despego á la prudente doña Amparo.

Los otros dos tertulianos eran un compañero de oficina de don Pedro, y el señor Cura de la parroquia de San Marcos.

Dolores se levantaba temprano é iba á misa, con su madre, á la cercana iglesia; después volvían á casa, tomaban chocolate con don Pedro, y la hija peinaba á la madre; en seguida se peinaba á sí misma la hermosa madeja de cabellos castaños, sedosos y graciosamente ondulados que adornaba su peregrina cabeza.

Hecho esto, ayudaba un poco á la criada al arreglo de la casa, y después se sentaba á coser ó á bordar al lado de doña Amparo.

Por la noche jugaban al tresillo ó al tute los cinco amigos de Herrera y de su esposa, ó por mejor decir los cuatro, porque doña Angustias

rara vez asistía, y eso por poco rato: la viuda prefería, por más lucrativo, el juego de casa de doña Toribia, la prestamista y patrona de huéspedes, al de sus vecinas.

Dolores tomaba su labor y se sentaba junto al vetusto quinqué para trabajar en su bordado ó en su tapicería; á las diez dejaba la labor, y tenía permiso para leer hasta las once en el *Almacén de niños*, *Veladas de la quinta*, ó *Viajes de Enrique Wanton al país de las monas*: obras que, con algunos Ejercicios cuotidianos y *Semanas Santas*, componían la reducida biblioteca de su padre.

Á las once la tertulia se dispersaba; Dolores besaba la mano á sus padres y se iba á un cuartito, tan arreglado como la celda de una monja, con las paredes blancas, y cuyo solo mueblaje eran una cama con una cortina y un cobertor de percal blanco, una mesita con un tocador de palmo en cuadro, una silla, un costurero, un armario para guardar su vestido de tafetán negro, hecho de otro de su mamá, y dos de lana que componían todo su guardarropa; sobre la mesa del tocador había un jarrito de cristal blanco que casi siempre tenía flores frescas, regalo de don Pedro á su hija.

Había en aquella celdilla cierto perfume de gracia, de frescura y de inocencia, que arrobaba

el alma: el blanco lecho; el cestillo de la labor de Dolores; el Crucifijo colocado en el testero principal del cuartito, coronado con una rama de boj y otra de olivo bendito; el almohadón puesto á los pies de la santa efigie, donde Dolores se arrodillaba para rezar sus oraciones de mañana y noche; las cortinillas de la ventana, recogidas con lazos de color de rosa, y, por último, el ramo de humildes flores, colocado en el jarrito de blanco y limpio cristal, formaban un conjunto lleno de encanto y de pureza.

Cada noche, al entrar en su cuartito, rezaba Dolores arrodillada en el almohadón bordado por su mano, y luego se acostaba para dormir, como decía su padre, *toda la noche en un sueño*.

Don Pedro seguía mimándola y dejándola salir en todo con su gusto.

Su madre seguía siendo severa para ella, amonestándola con gravedad, reprendiéndola con firmeza y elogiándola cuando no estaba delante; inspirándole, con la mejor lección, que es el ejemplo, la modestia y el amor á todas las virtudes cristianas, que traen la paz al hogar doméstico y conservan al alma su dulce tranquilidad.

Entre aquellos dos santos y protectores afectos, crecía Dolores como la bella flor que tiene sol

abundante, riego y céfiros que acaricien su corola.

Tenía además otro afecto que la hacía muy feliz: el de Modesta, la hija del pintor del cuarto segundo de su casa, aquella niña rubia y fresca, con la que jugaba cuando ella lo era también.

Modesta se había hecho una joven tan linda como su amiga; sus padres la amaban tanto como don Pedro y doña Amparo amaban á Dolores: sólo que estaban cambiados los papeles, porque en casa de Modesta, la madre era la que mimaba, y el padre el que reprendía y castigaba.

¿Pero qué importa que sea el padre ó la madre el que use de gravedad ó de ternura? Lo esencial, lo preciso en las santas alegrías de la familia, es que exista el equilibrio, tan difícil de sostener, de la ternura y del respeto, del amor y de la consideración. Dolores, reprendida alguna vez por su buena madre, acariciada siempre por su padre, era dichosa. Modesta, mimada por su madre y reprendida por su padre, lo era también: después veremos los efectos que cada uno de estos métodos produjo.

Los caracteres de las dos amigas diferían bastante. Dolores era apasionada, vehemente, un tanto arrebatada y otro poco vengativa, amaba hasta el delirio, y era capaz de aborrecer hasta la

crueldad: así lo decían sus negros ojos, su elevada frente, el redondo y puro contorno de sus mejillas y la firme brillantez de su mirada, en la que sobresalía, sin embargo, el exquisito pudor de la virgen adolescente.

De toda la persona de Dolores brotaba la pasión: los efluvios de su alma se escapaban en corrientes eléctricas en sus miradas, en sus sonrisas; aquella alma fresca, virginal, palpitaba en su voz, en su andar, en su mirada, en su modo de hablar, ora lento y suave, ya apresurado y un tanto violento; chispeaba en su sonrisa, que formaba un hoyo bastante grande en medio de cada una de sus mejillas, y se daba á conocer en todas sus acciones, jamás frías ó calculadas, sino súbitas é irreflexivas.

—Esta hija nuestra está dotada de todas las cualidades, de todas las propensiones que han de hacerla completamente desgraciada—decía algunas veces doña Amparo á su esposo.

—¡Válgate Dios, mujer!—respondía invariablemente el buen señor.—¡Siempre has de pensar tristemente! ¿Por qué dices eso?

—Porque lo siento así. Dolores no será dichosa, porque es demasiado apasionada, y ya empieza á exigir más de lo que el mundo puede darle.

No era el talento de don Pedro todo lo penetrante que necesitaba ser para comprender los temores de su esposa, dotada de una sensibilidad mucho más exquisita que él: así es que se contentaba con encogerse de hombros, y respondía:

—¡Mi pobre Amparo, pareces ave de mal agüero! ¿Por qué cavilas en lo que tan lejos está?

La buena y amante madre callaba, y volvía á quedar sola, como lo había estado toda su vida, con sus tristezas y sus presentimientos.

Era un alma llena de melancolía y como desterrada, que nadie sabía ni se cuidaba de alegrar.

Algunas veces contemplaba á Modesta y se decía suspirando:

—¡Cuán dichosa sería yo, si mi hija se la pareciera!

En efecto, como ya dije más arriba, nada tenían de común las dos amigas, á pesar del tierno amor que se profesaban.

Modesta no era tan alegre como Dolores, pero era más igual, y esto consistía en que sentía con mucha menos vehemencia; no era generosa hasta el heroísmo, pero daba de buena gana lo que tenía; no reía nunca á carcajadas, ni lloraba con sollozos hondos y profundos, porque no sentía con intensidad ni la alegría ni el dolor; obedecía sin

esfuerzo cuando pensaba que iba á salir á paseo y su padre la mandaba quedarse en casa; le gustaban todos los manjares, pero de todo comía poco: al revés de Dolores, que comía por diez de algunas cosas que le gustaban con pasión, y no podía vencerse á probar otras que detestaba.

En una palabra: Dolores había nacido para ser dominada por una excesiva sensibilidad, por una extrema vehemencia en sus afectos: para amar, para padecer, para ser desdichada, en fin. Modesta, para ser feliz y hacer la felicidad de todos los suyos.

Porque, ¿hay algo más bello y más sereno que esas existencias, puras como la superficie de un transparente lago, tranquilas como el bosque durante las horas de mediodía, y en cuyas almas cantan, como cantan los pájaros en la espesura sus himnos, la paz y la alegría?

¿Y hay algo más grande, pero más sombrío, más desigual y más tempestuoso que esas naturalezas ardientes, entusiastas, desordenadas, que gozan en un instante siglos de ventura ó de desesperación?

Tal era el contraste que presentaban aquellas dos niñas que entraban apenas en la vida, y que desde sus primeros pasos en ella se hallaban

unidas con los lazos de la más tierna amistad y el más puro cariño.

Dolores era el mar con su aspecto grandioso y deslumbrante, ora reflejase en él el sol, ora lo agitase la bramadora tempestad.

Modesta era el arroyo apacible, en cuya orilla siempre brotan flores, y cuyas claras ondas están constantemente puras y azuladas, dejando ver en su seno dorada arena y limpias piedrecillas.

—Mamá—dijo un día Dolores aturdidamente, —Modesta tiene novio.

—Niña, no me gustan las bachillerías—respondió severamente doña Amparo;—¿qué es eso de novio á la edad de ustedes? Modesta debe ahora pensar sólo en trabajar y en aprender lo que le falta que saber.

—Ella me ha dicho que tiene novio—insistió Dolores.

—Pues yo te digo que si te habla de esas tonterías, te separaré de su trato.

—Pero, mujer, ¿por qué no te enteras de lo que es?—preguntó don Pedro, que tomaba el sol y fumaba su cigarro después de comer.—Ven acá, hija mía; siéntate aquí, á mi lado, y cuéntame qué novio es ese.

—Es—dijo Dolores—un estudiante que está de

huésped ahí enfrente, en casa de doña Toribia, la amiga de doña Angustias.

—¿Un estudiante?—preguntó con enojo doña Amparo.

—Sí, mamá: un estudiante de leyes, joven y muy guapo, que se ha enamorado de Modesta de verla coser por las tardes en el balcón.

—Eso es lo que resulta—prorrumpió doña Amparo—de dejar á las niñas como loritos en los balcones. ¡No te verán á til!

—¡Yo lo creo!—repuso tristemente Dolores:—¡ni siquiera me deja usted ponerme á coser ó á bordar al lado de los cristales!

—¡Ya se ve que no! El buen paño en el arca se vende; y, sobre todo, no me gusta que te vean los estudiantes de ese lobo marino de doña Toribia. ¡Vecindad más escandalosa! Daría yo la mitad de lo que he de comer porque esa mujer se marchase á otra parte. Vamos, acaba la historia del novio, ya que por desgracia la sabes.

—Pues bien, mamá: Luciano, como le llama Modesta, le envió una cartita con la mujer que le hace los mandados, á la que ella contestó.

—¡Contestó!

—Sí, señora: ¿qué había de hacer?

—Entregársela á su madre sin abrirla: eso debió hacer.

—¡Bah, bah!—exclamó Dolores;—¡para que ni siquiera se la hubiera enseñado! Modesta la abrió y la leyó; contestó á ella, y después enseñó á su mamá la carta y la contestación.

—¿Y qué decían?

—La carta, que era muy linda, que tenía cara de ángel bueno, y que esto había hecho que el que la escribía se enamorase de ella perdidamente.

—¡Claro!—opinó don Pedro:—lo que se dice siempre en tales casos. ¿Le pedía respuesta el galán?

—¡Perico, qué poca formalidad tienes!—observó doña Amparo.

—Ya se ve que le pedía respuesta—dijo Dolores.—¡Y la carta está escrita con una letra tan preciosa, y dice unas cosas tan bonitas! Modesta tomó cuatro cuartos, envió á la mandadera por un pliego de papel con los márgenes calados, y respondió á Luciano que le estaba muy agradecida, así por la opinión que tenía de ella, como por el afecto que le manifestaba; pero que ella, si bien le hallaba á su vez agradable, no se determinaba á seguir relaciones á escondidas de sus padres: le aconsejaba que buscase medios para conocerles y

tratarles, y le ofrecía corresponder al cariño que le manifestaba, siempre que sus padres nada tuvieran que oponer. Pero antes de mandar la carta, se la enseñó á su madre.

—¿Y qué dijo?—preguntó doña Amparo con curiosidad.

—¿Qué dijo? La abrazó, y dijo que tenía mucho juicio; pero, entristeciéndose después, añadió:

—Hija mía, ese caballero, como te ha visto decentita, creará que tienes algo, y no sabrá que bordas y coses para una tienda: cuando lo sepa puede que se le pase el entusiasmo, porque los hombres buscan el dinero ante todo.

—Vamos, no puedo soportar que una madre hable á su hija con mimos, cuando ésta se ha hecho culpable de imprudencias. ¿Y la carta se envió al estudiante?

—Con la mandadera—contestó Dolores.

—Á la mandadera esa la hubiera yo puesto de patitas en la calle, y hubiera clavado todos los balcones aunque me hubiera tenido que alumbrar con luz de aceite—dijo doña Amparo.

—¡Jesús, mamá! ¡Pues usted bien se casó!—exclamó Dolores.

—¡Bien dicho, hija mía! ¡Has dejado á tu madre derrotada!—exclamó don Pedro, riendo á no

poder más.—¿Qué respondes á eso, severo predicador?

—Responderé—dijo doña Amparo resentida—lo que no debía responder. Responderé que yo no me casé contigo por medio de cartas y recaditos, sino que me viste, y antes de decirme «buenos ojos tienes», me pediste á mi padre, y éste entonces me consultó á mí; responderé que la primera vez que te vi era ya con el título de novio; y, en fin, ya que me obligas á ello con tus pullas, te diré que entre nosotros no había la desigualdad que existe, al parecer, entre ese joven, hijo sin duda de familia pudiente, cuando le sostiene en Madrid siguiendo una carrera, y Modesta, hija de un pintor y que trabaja para un almacén de modas.

—Amparo—dijo don Pedro,—algunas veces te dejas arrebatar del enojo hasta el extremo de olvidar tu bondad natural. ¿Es acaso alguna falta en una joven, el trabajar en obras de primor para ayudar á sus padres?

—No digo yo que lo sea.

—Ojalá me dejaran—dijo Dolores—bordar también *para fuera*, y así tendría algún vestido más.

—No te hace falta ninguna á ti el trabajar para otro—repuso su madre.—Quiero que conserves tu independencia, que pases alguna privación, y no

que vayas á bajar la cabeza delante de los comerciantes, y que ellos miren de mala manera tus primores. Trabaja para tus padres.

—Una carta acaba de traer el cartero—dijo Simona entrando y dándola á don Pedro.

—¡De Sevilla!—exclamó éste;—y creo que conozco la letra.

—¿La conoces?—repitió doña Amparo.—Pues es extraño, porque hace ya largo tiempo que nadie te escribe: sólo tu amigo el Conde de Elvén cuando vivía...

—¡Ah, sí! ¡Pobre y buen Gonzalo!—exclamó don Pedro enternecido;—mi amigo, mi solo amigo, ó por mejor decir, mi hermano. ¡Cuánto nos queríamos! ¡Y luego dicen que en las clases elevadas no hay buenos sentimientos!

—Eso es hablar por hablar—repuso doña Amparo:—en todas las clases hay de todo. Tu amigo, á pesar de ser Conde, era todo un caballero y tenía un corazón de oro.

—Pero, papá, ¿qué hace usted ahí con la carta entre los dedos y sin abrirla?—dijo Dolores con su genuina impaciencia.

—¡Qué imprudente eres, niña!—exclamó enojada doña Amparo.

—Tiene razón—repuso don Pedro:—con todo

me distraigo, aunque, á decir verdad, no es extraño que me produzca este efecto la memoria de mi querido Gonzalo. Veamos de quién es esta carta.

Don Pedro volvió el sobre para romper el neta, y vió impresa, en lacre de un elegante color claro, una corona de conde: la letra era de mujer, letra fina y correcta, pero de forma un poco antigua.

Desdobló el papel satinado, grueso, y que exhalaba un suave aroma, y leyó en voz alta lo que sigue:

«Mi querido amigo: Hace mucho tiempo que guardo con usted el mismo silencio que con todos los que lo eran de mi inolvidable esposo; pero hoy que lo necesito, acudo á usted sin preámbulos ni rodeos, y acudo también á su digna esposa, invocando el sagrado título de madre, pues se trata de mi hijo.»

Don Pedro volvió la carta y buscó la firma: decía: *La Condesa de Elvén.*

—Deseo—dijo doña Amparo con grave dulzura—saber para qué nos necesita la Condesa, señora á quien estimo mucho desde que tuve el gusto de tratarla, aunque por pocos días, cuando

hace doce años hizo con su esposo un viaje á Madrid. Hazme el favor de seguir, Pedro.

«Gonzalo, aquel niño de quien tanto hablaba yo á ustedes cuando fuimos á ésa—continuó leyendo don Pedro,—mi querido y único hijo, que entonces quedó aquí con mi padre, va á esa corte á estudiar el doctorado y á graduarse, porque, como él dice muy bien, no basta en la sociedad ser Conde, es preciso ser algo más: ha heredado los nobles pensamientos y la bella presencia de su padre.»

—Vete, niña—dijo doña Amparo á Dolores.

Ésta, que escuchaba atentamente la carta, hizo un mohín de descontento, pero salió sin atreverse á replicar una palabra.

—¿Por qué le dices que se vaya?—preguntó admirado don Pedro.

—¿No oyes que la Condesa elogia la figura de su hijo?

—¿Y eso qué importa, si al fin le ha de ver? Pero ahora que repaso esto, veo que has hecho bien. Oye lo demás que dice:

«Ya sabe usted, amigo mío, todos los peligros de que está lleno Madrid para los jóvenes. Gon-

zalo es crédulo, bueno, entusiasta: se dejará prender fácilmente en las redes de esas criaturas que pululan por esa corte con tanta abundancia; pero tengo, para evitarlo, un remedio: el recomendarlo á usted; ¿y sabe usted por qué? Porque me han hablado de una hija que usted tiene, de una preciosa niña, á la que yo conocí de tres años, y que ya era un serafín: ahora me han dicho que es una joven encantadora.

«Mi querido Herrera, si Gonzalo y Dolores se aman, no contraríe usted su mutua afición: sé que debe ser buena, pura, inmaculada, siendo hija de tan buena madre; sé que poseerá todas las virtudes: ¿qué importa que no posea riquezas? El Conde de Elvén es opulento, y sólo deseo para él una mujer rica en virtudes: es un matrimonio en el que he pensado muchas veces, y seré dichosa si se realiza.»

—¡Dios mío!—exclamó doña Amparo, cuyo pecho palpitaba de entusiasmo, y cuyas pálidas mejillas se habían vestido de un leve sonrosado.—¡Dolores Condesa! ¡Mi hija lograr una suerte tan brillante! ¡Verse libre para siempre de penas y de escaseces! ¡Ah!, ¡eso sería demasiada felicidad!

—Tienes razón, Amparo—repuso don Pedro,

por cuyas mejillas se deslizaba una lágrima: —eso sería demasiada felicidad.

—Acaba de leer la carta de esa excelente señora—dijo doña Amparo:—veo que ya se está acabando.

—En efecto—repuso don Pedro,—ya se acaba, y dice así:

«El 20 de este mes llegará á ésa mi hijo: suplico á usted, amigo mío, que le busque un hospedaje en una casa decente y situada en paraje céntrico. Llevará consigo un solo criado, en calidad de ayuda de cámara. Reitero mis súplicas para que mire por él. Uno de estos días escribiré implorando su ternura y su interés para mi hijo, á su digna esposa y mi querida amiga; entretanto, no olviden ustedes que tiene sólo veintitrés años y que necesita de sus consejos.

«Adiós, mi querido Herrera: implora á usted conmigo, en favor de su hijo, aquel Gonzalo que ya está en el cielo y que amaba á usted tanto como se merece, y tanto como lo estima su sincera amiga

LA CONDESA DE ELVÉN.

»Sevilla 10 de Enero de 1842.»

—¡Y estamos ya á 15!—dijo doña Amparo. —Pedro, no te descuides en buscar hospedaje para Gonzalo, pues sólo debe tardar cinco días en llegar.

—Ahora mismo voy á salir—dijo don Pedro. Y en efecto, tomó éste su sombrero y su caña de Indias, y se lanzó á la calle.

CAPÍTULO VIII

UN NOVIO PARA LA NIÑA

Doña Amparo, la piadosa y triste mujer, la paciente esposa, la tierna pero severa madre, se transformó de un modo muy sensible después de oír leer á su esposo la carta de la noble y digna Condesa de Elvén.

¡Un novio para la niña! ¡un novio rico, brillante, de linda y elegante figura, y sobre todo, Conde! Á esta idea, su corazón latía apresurado, y una nueva vida circulaba activamente por las venas de la excelente señora.

Era humilde, por sus piadosas creencias, por su tierna devoción y por natural carácter; pero era también madre idólatra de su hija, y se volvía loca de gozo ante la bella suerte que la Divina Providencia deparaba á su Dolores.

Ni por un instante se le ocurrió la idea de que los jóvenes podían no agradarse recíprocamente: ¡no agradecer su hija, siendo tan linda, tan fresca,

tan encantadora!; ¡eso no era posible, no podía suceder!

Dolores, que era muy perspicaz, notó en su madre algo extraño. Salieron juntas, y ésta compró para la joven un bonito traje de lana y seda. Cuando ya estuvo la tela en casa, llamó á Elena, la madre de Modesta, y le dijo:

—Amiga mía, usted tiene más habilidad que yo para hacer vestidos, y le suplico dirija éste que quiero se haga Dolores.

—Con mucho gusto, doña Amparo—respondió la buena Elena:—yo lo cortaré, y las dos niñas lo coserán á mi vista.

Á las dos horas se hallaba cortado el traje; Modesta y Dolores cosían en él con gran actividad en casa de la primera.

—Yo no sé lo que le pasa á mi madre—decía Dolores á su amiga, mientras cosía rápidamente:—hoy me ha arreglado las rayas del peinado, y aunque me he estado más tiempo que el de costumbre en el tocador, no me ha reñido; además, ayer me compró un corsé nuevo, y me ha dado un pedazo de muselina para que me haga cuellos.

—Todo eso es muy raro—dijo Modesta,—y también me lo parece el que tu madre por la vez primera de tu vida quiera que te hagas un traje

de toda moda. Pero ya verás como así que lo vea hecho quiere que te los corte siempre mi madre, que se pinta sola para eso, como para todo.

—Antonio—dijo al pintor su esposa:—¿qué querrá pedirme esta chiquilla que así me adula?

—Lo que quiero pedir á usted, madre mía, es que me quiera siempre—repuso Modesta, abrazando con ternura á su madre.

Cesarina, que ya contaba nueve años, y Federico, que contaba diez, se unieron á su hermana para acariciar á doña Elena.

Dos días después, el vestido nuevo se había concluído, y, al ver á su hija ataviada con él, la grave y reservada doña Amparo estuvo á punto de dejar escapar un grito de alegría: tan linda la encontró.

En efecto, Dolores parecía más alta; el cuerpo, bien y graciosamente cortado, realizaba la elegante redondez de su talle; se hallaban contemplándole extasiados don Pedro y su esposa, cuando entró doña Angustias en la habitación.

—¿Qué es eso?—dijo con su descaro habitual:—¿vestido nuevo? ¡Hola, hola! Bien se conoce que se espera al Condesito de Elvén.

—Señora, nosotros no esperamos á nadie—repuso gravemente doña Amparo;—y el hacer yo

un vestido á mi hija no significa sino que se lo quiero hacer.

—¡Yal—insistió la viuda;—pero se lo quiere usted hacer, porque viene un forastero, joven y buen mozo, y espera, como es natural, que Lolita le guste.

—Ya sabe usted que quiero que se la llame Dolores, y nada más.

—¿Y qué más da?

—Que tengo devoción á los Dolores de la Virgen, y no conozco ninguna santa que se llame Lola.

—Vamos, Amparito, no hay que enfadarse por tan poca cosa...

—Tampoco me gusta que me llame usted Amparito.

—¿No?

—No señora, doña Angustias.

—¿Y por qué no suprime usted el *don*?

—Porque no debo: así como usted no debe suprimirme el mío. Somos ya demasiado personas mayores para eso: á lo menos por mí lo digo.

—Lo puede usted decir por usted, pero no por mí: no creo que he llegado aún á la edad en que es preciso el *don*.

—¿Dice usted eso con formalidad?

—Sí, señora.

—Pues cada loco con su tema: la llamaré á usted *Angustitas*, si usted quiere; pero á mí, llámeme usted Amparo, á secas, y no me venga usted con diminutivos, ni con llamar Lola á Dolores... Niña, anda á quitarte el vestido, que ya hemos visto que está bien.

Dolores salió muy preocupada con las palabras de la andaluza.

¿Qué quería decir aquello de Conde joven y elegante? ¿Era por la llegada de aquel Conde por lo que le hacían tanta cosa nueva, por lo que su madre se resignaba algún tanto á las leyes de la moda?

Dolores no hallaba otra razón, y se dijo que, en efecto, era la llegada del Conde la que obligaba á su madre á ser un tanto condescendiente.

Mientras ella se alejaba reflexionando así, decía la andaluza á doña Amparo:

—¡Jesús, señora! ¡Páreceme que está usted erizada toda de púas! ¡Qué despego el de usted! Sale uno de su casa para respirar un poco, y le va peor que en ella donde pensaba hallar la distracción y el solaz.

—Donde mejor está cada uno es en su casa—repuso doña Amparo;—y cuando en ella se halla

mal, se halla peor fuera. ¿Pero qué le pasa á usted en la suya?

—¡Poquita cosal! ¿No sabe usted lo que son mis cuñados?

—Dos santos—respondió don Pedro:—todos lo sabemos.

—¡Sí, dos santos! ¡Eso es! ¡El día menos pensado los canonizan!—respondió desabridamente doña Angustias.—¡Buenos santos te dé Dios!

—¿Pues qué quejas tiene usted de ellos?—preguntó doña Amparo.

—¿Qué? Ya me han pedido dos duros en dos veces, y no llevan maldita la traza de devolvérmelos.

—¡Ay, pobrecitos!—exclamó doña Amparo.—¡En qué necesidad tan grande se verá doña Tecla para pedir á usted dinero! ¡Ya se ve! Las cosas están cada día más caras; les han subido el alquiler de la casa... Ayer me decía que tendría que despedir á la criada por no poder mantenerla.

—¡Pues eso faltaba!—exclamó iracunda doña Angustias:—¡despedir á la criada! ¿Y quién nos servirá entonces?

—Usted debía servir á esos dos pobres ancianos—respondió doña Amparo;—usted debía ayudar al menos á la pobre doña Tecla, en vez de ser

ella la que cose y plancha la ropa de usted, que se pasa el día de casa en casa haciendo visitas, y lo que es peor, sin entrar en ninguna iglesia.

—Pero, señor, ¿podrá saberse á qué vengo yo á esta casa?—gritó doña Angustias, que se sofocaba, y cuyo semblante, sonrosado naturalmente, estaba de color de púrpura.—Señora, ¿aún le parece á usted poco con regañar á todas horas con su familia, que también la emprende usted conmigo?

—Yo me indigno contra todas las injusticias—respondió gravemente y sin alterarse la señora de Herrera.—Usted cobra su pensión, y se la guarda entera en el bolsillo, teniendo la serenidad de vivir á expensas de sus pobres cuñados, que no tienen ninguna obligación con usted; y llega á tanto su mal corazón, que ve usted á la infeliz doña Tecla que va á misa con los zapatos rotos, sin que le mueva la conciencia á comprarle unos.

—Cuando Dios no le da para calzado, no quedará que vaya á la iglesia—opinó con su genuino é inimitable descaro doña Angustias.

—No es eso—respondió don Pedro:—es que Dios permite que haya mártires en la tierra, para ejemplo de los demás, y para que nos enseñen la resignación y la mansedumbre.

—Que ustedes se queden con Dios—dijo la an-

daluzá levantándose:—tengo que hacer. Simona, llama á Lolita para darle un beso.

La gruesa criada, que se hallaba arreglando los chismes en la mesita de tocador, se hizo la sorda: era la antagonista más formidable de la andaluza.

—Perdone usted—respondió doña Amparo fríamente;—Dolores está en su cuarto ocupada.

—Pues abur—dijo doña Angustias:—hasta la vista.

—Abur dijo el diablo por no decir *adiós*—observó Simona. — Esa petardista, entremetida, chismosa, merecía que se le diera con la puerta en las narices. ¿Para qué querrá besar á la niña, si siempre está oliendo á mistela y á noyó?

Al salir la viuda á la pequeña antesala ó recibo, sin que nadie la acompañase, oyó la dulce voz de Dolores, que cantaba en su cuartito, en tanto que se quitaba el vestido nuevo que se había probado y se ponía su traje de casa.

Doña Angustias, que no se paraba en barras, siguió la dirección de la voz y entró en el cuarto de Dolores.

—¡Jesús!—exclamó ésta asustada:—no la había oído á usted entrar.

—Ya me iba—respondió la viuda;—pero he

entrado á darte la enhorabuena por el novio que te ha salido.

—¿Un novio á mí? ¡Si no sé nadal

—Lo creo: llegará día en que tu madre se cosa la boca á respunte para no hablar. Mi pobre Lolita, debes desear casarte cuanto antes para salir de su insufrible tutela; yo no he visto genio como el suyo, ni he conocido madre que tenga á su hija más esclavizada: ¡si vives, pobrecita mía, como ratón en boca de gatol Sin respirar, sin salir, sin tener una amiga...; ¡eso no es vivir, pobre niña, y cuánto te compadezcol

La viuda dijo todo esto de un tirón y sin tomar asiento. Dolores, aunque preocupada, sobre todo, con la idea del novio de que hablaban, y del cual ninguna noticia tenía, no dejó de pensar que doña Angustias tenía razón al hablar de la tiranía de su madre.

De esta suerte, una gota de negro cieno, arrojada en un arroyo puro y azulado, basta para enturbiarlo, siquiera sea momentáneamente, y quién sabe si el principio nauseabundo y destructor queda para siempre en las aguas, antes tan limpias y saludables.

—Vamos, doña Angustias—dijo Dolores:—hábleme usted de ese novio, ya que usted sabe más

que yo. Hasta hoy, puede usted creerlo, nadie me ha dicho «buenos ojos tienes».

—Y por cierto que no es mala vergüenza—respondió la andaluza.—Á tu edad, hija mía, ya traía yo á cinco ó seis al retortero: con dos de ellos hablaba por la reja de mi casa.

—¿Con los dos á un tiempo?

—No, inocente: venía el uno de las doce á las dos, y el otro de las dos á las cuatro.

—¿Y cuándo dormía usted?

—Cuando se ama, no se necesita ni comer ni dormir. Tú comes mucho, ¿no es verdad?

—Sí, señora; tengo buen apetito—respondió Dolores suspirando, como si esto fuera una gran desgracia.

—Claro es: vives como una marmota. ¡Jesús!; sólo de verte así, tan oprimida, tan encerrada, me da pena.

—Y á los otros novios, ¿dónde los veía usted?

—preguntó Dolores, para quien la cuestión de novios era la vital.

—Los veía en casa de una amiga; á casa no podían venir; porque, hija mía, todas las madres se parecen, aunque hay pocas tan raras como la tuya: estoy segura de que no te deja jamás un instante á solas con el Conde.

—¡Con el Conde! ¿Qué Conde es ese?

—Ya veo, cariño mío, que estás en Babia. Escucha lo que tu padre, que es un bendito, contó á Atilano, y éste me contó á mí: dice que tu padre estudió con el Conde de Elvén, un caballero andaluz. ¿No has oído tú nada de eso?

—Sí, señora; sé que ha sido su único amigo, y que se querían más que hermanos.

—Esta amistad vivió á través del tiempo, lo que no es extraño, atendido á que los dos eran lo que se llama dos pobres hombres. El Conde dicen que tenía mucho de santurrón: murió hace algunos años, y dejó un hijo: ahora va á venir á Madrid á estudiar, y la Condesa, que debe ser otra beata, le recomienda á tu padre para que le lleve de la mano por temor de que se lo roben.

—Pero, ¿y eso qué tiene que ver con que yo tenga novio?

—Que el novio es el Condesito de Elvén. Su madre dice que desearía que se enamorase de ti, y que os casaseis: ya ves si sería una brillante suerte. Con que, hija, no la desperdicies por las rarezas de tu madre.

—¿Pues mi madre no querrá que me case con él? Yo creo que ningún pero habrá que ponerle á un Conde.

—Ningún pero. Á lo que se los pondrá será á todo lo que hagas: no querrá que habléis á solas, no te dejará de la manga, y el Conde se aburrirá. Mira, niñita, que los Condes están muy mimados, y hacen todo lo que quieren.

—¿Y él querrá hablarme á solas?

—¿Quién lo duda? Todos los amantes desean hablar á solas con sus amadas. ¡Y si supieras qué cosas tan dulces les dicen á las niñas! Cosas que nunca les dicen delante de sus papás.

—¿Son acaso cosas malas?

—No por cierto: son muy buenas: les dicen que son lindas—cuando lo son como tú,—que las quieren mucho, que las harán dichosas, que sólo por ellas viven; en fin, otras muchas y tiernas cosas.

La viuda calló y fijó los ojos en el bello rostro de la niña. Ésta estaba transfigurada: palpitaba su corazón aceleradamente; sus mejillas estaban cubiertas del más vivo encarnado; sus ojos brillaban; la primera chispa del amor y de la juventud había prendido en el pecho de la adolescente: amaba ya al Conde antes de conocerle.

—Con que, hijita—prosiguió la viuda,—no seas tonta: busca alguna ocasión de ver á solas al Conde: así se entienden las gentes, y, sobre todo,

los amantes, que huyen de la publicidad y de la luz. Los muchachos se aburren de tener que hacer la corte á los papás, y debes contemplar á tu novio, que es Conde.

—¿Qué más da que sea Conde ó no?—preguntó cándidamente Dolores.

—¿Cómo qué más da? ¿Y los convites?; ¿y las carretelas, las joyas, el abono en los teatros, las galas, la envidia que causarás á todas? ¿Te parece eso poco?

—¡Pues qué! ¿Acaso, señora, es una dicha el ser envidiada?—preguntó la joven.—Á mí me parece que la envidia hace sufrir, y no quisiera yo que nadie fuera desgraciado por mi causa.

—Eres una inocente—dijo doña Angustias.—Por ahora no te meto en más confusiones que decirte que ates cortito al Conde. Todas esas marmotas que vienen á tu casa por la noche, hablan del novio *de la niña*, y ya ves que si la boda se desgraciase, sería una campanada. Adiós, hija mía: me marchó, y ya vendré yo aquí de vez en cuando para ayudarte con mis consejos.

La vieja arpía salió del cuartito de Dolores, atravesó la antesala, y bajó la escalera á paso de lobo.

Entretanto decía don Pedro á su esposa en tono de cariñosa reconvencción:

—Pero, Amparo, ¿cómo tratas á esa pobre mujer! ¡Yo no sé, en verdad, cómo viene!

—Yo sí lo sé—respondió doña Amparo:—viene porque no tiene vergüenza, ni jamás la conoció. Pedro, yo no me sé explicar lo que siento cuando veo á esa mujer: se apodera de mis venas un frío mortal; me hace su vista el efecto de una gran culebra que estuviese para arrojarse á mí. Me da el corazón que esa mujer, que es una bribona sin alma y sin entrañas, nos ha de traer alguna gran desgracia. La temo, la temo mucho, Pedro, y más ahora que hemos hallado un novio para la niña. ¿De qué no será ella capaz? ¿Qué chismes no revolverá, si la dejamos penetrar algo de este vital asunto? Todavía creo haberla tratado con sobrada blandura. Ya que se ha cumplido mi anhelo, ya que hemos hallado un novio para la niña, y un novio tan completo, andemos con mucho cuidado, no sea que el enemigo, en forma de viuda soldadesca, se meta en medio del negocio y dé al traste con él.

CAPÍTULO IX

GONZALO

Unos quince días después de lo referido en el capítulo precedente, y á eso de las nueve de la noche, la tertulia de casa de Herrera se hallaba más bulliciosa y animada que jamás se había visto.

Sentados en derredor de la mesa de tresillo estaban doña Tecla, don Atilano, doña Amparo y el bueno y anciano Cura, que tomaba también parte en el juego.

Don Pedro, sentado á un lado entre las dos señoras, liaba algunos cigarrillos de papel; doña Angustias tejía unas medias caladas, y echaba de cuando en cuando una mirada torva sobre un grupo verdaderamente encantador que se hallaba á poca distancia de ella.

Aquel grupo se componía de Dolores y del Conde de Elvén.

Ella bordaba, ó más bien tenía un bastidorcito sobre la falda, para hacer ver á su madre que